

VI.

El fin de un hombre fuerte.

Hacia ya una hora que había despertado Noel Rambert. El murmullo de la muchedumbre, que llegaba á sus oídos á través de los muros de la prisión, le había librado de un sueño intranquilo y lleno de tristes pesadillas.

—¿Será hoy?— murmuró el infeliz.

Cuando entraron en su celda, dijo:

—¡Ah! ¡había adivinado! ¡Está ya dispuesto el patíbulo?

No le contestaron.

Él repitió maquinalmente:

—¡El patíbulo!

La idea de que iba á subir las escaleras de la guillotina y de que le iban á cortar el cuello, le hacía estremecer, no de miedo, sino de vergüenza.

—¿No han enviado un libro para mí?— preguntó de pronto.

—¿Un libro?

—Sí, un tomo de Silvio Pellico. Desearía leerlo. Dicen que no se rehusa nada á los condenados á muerte. Pues bien, yo quisiera ese libro.

Los que allí estaban creyeron que el pobre diablo se había vuelto loco, porque desde hacía tres ó cuatro días no pensaba más que en reclamar aquel libro.

Llegó el sacerdote.

Le habló de expiación, de remordimientos, de la clemencia de Dios.

Noel respondió simplemente:

—Señor cura, miradme, y decidme si habéis visto muchos criminales con estos ojos tan tranquilos y tan honrados.

El sacerdote se estremeció al contemplar aquella mirada febril, pero pura y profunda.

Sabía cómo mueren los criminales arrepentidos; pero entonces le parecía hallarse en presencia de un mártir.

—¿No queréis confesaros?

—Muchas gracias.

—Pero vuestro crimen.....

—No hablemos de eso, señor cura; nunca he querido hablaros una palabra de ese asunto. Os agradezco que hayáis tenido la bondad de servir de intermediario entre el señor Arthet y yo. Estad seguro de que vuestra absolución puede caer sin cuidado sobre mi cabeza.

—Hijo mío, el arrepentimiento.....

Noel le interrumpió:

—Desearía tener un libro de Silvio Pellico que me han prometido traerme.

—¿Es acaso un libro que le han enviado á usted de fuera de la cárcel?

—Sí.

—El Director lo ha mandado á la escribanía para que lo devuelvan á su dueño. No se os pueden entregar más libros que los de la biblioteca de la prisión.

—¡Entonces no hay esperanza! ¡Irás hasta el fin, pobre Noel!—dijo el infeliz casi en alta voz.

Y exhalando un profundo suspiro, continuó:

—¡Ah! ¡Santiago, Santiaguito mío, ama mucho á tu padre, á quien no volverás á besar!

El sacerdote sentía humedecerse sus ojos al escucharle, y profundos sollozos anudaban su garganta.

En tanto que el confesor contemplaba profundamente conmovido á aquel hombre que iba á morir, Pascual Arthet, medio loco, pero apelando á toda su sangre fría, recogiendo en cierto modo su energía entera, se arrojaba en un coche y llamaba á la puerta del Ministerio de Justicia siendo objeto de la admiración, del mal humor y de las insolencias de los porteros.

¿Qué quería aquel hombre? ¿Estaba loco? ¿Ha-

blar al Ministro á tales horas? El Ministro estaba durmiendo. ¿Pues qué, va á estar el Ministro á la disposición de cualquiera que quiera venir á suplicarle á las altas horas de la noche?

Pero aquella noche no era como las demás. Se estaba preparando un patíbulo. Se iba á ejecutar á un hombre, á un inocente. Él tenía la prueba y Arthet presentaba aquellos papeles, que quería que viese el Ministro de Justicia. Puesto que se trataba de la vida de un hombre, bien valía la pena de despertar á Su Excelencia.

El portero gruñía. Uno de los empleados que despertó al ruido de las voces, miraba á aquel hombre, que mandaba en lugar de suplicar.

—Decid á quien corresponda que está aquí el señor Arthet, que trae la prueba de la inocencia de Noel Rambert.

Nunca había habido ejemplo de que tales pruebas llegasen en aquella forma al ministerio á las tres y media de la mañana. El portero estuvo por encogerse de hombros y echarse á reír, á pesar de su mal humor. Pero consideró que se trataba de la vida de un hombre, según decía Arthet, cuyo nombre era conocido hasta allí, y que era grave tomarse la responsabilidad de no avisar al Ministro en tales circunstancias.

—Os juro que si por culpa vuestra se cumple la injusta sentencia, os exigiré la responsabilidad ante los tribunales—decía Arthet.

Se desvanecieron las dudas del portero y se decidió á llamar al ayuda de cámara del Ministro, para que éste avisara á su vez á Su Excelencia.

Arthet esperó sentado en una banqueta. Cada minuto que pasaba disminuía su calma. Le parecía oír aún la voz de Santiaguito diciéndole. «¡Que hacen jugar la cuchilla!..... ¡Apresuraos, señor Arthet, apresuraos!»

El Ministro tardó en vestirse, pero por fin recibió á Arthet. Envuelto en su bata, miró atentamente á aquel hombre, cuyo apellido era el de un proscrito de la víspera. Pascual contó, con elocuencia febril, áspera y suplicante á la vez, á aquel que tenía en su mano la existencia de Rambert, todo lo que acababa de revelarle la carta, todo lo que constituía una prueba, una verdadera certidumbre.

—¡Rambert es inocente!—exclamaba.—¡Rambert toma la guillotina como un medio de suicidio! ¡Se ha vendido! ¡Impedid que ese odioso contrato se firme con la sangre de un justo!

—¿Y quién es entonces el culpable?

Arthet presentó al Ministro la donación de

Mortal. Aquella donación era una verdadera denuncia, una acusación hecha contra sí mismo.

—¿Mr. Mortal?—repetía el Ministro.—¡Era imposible! ¿Qué espantosa novela había ido á contarle aquel hombre? El Ministro se creía víctima de una pesadilla.

Ya lo examinaréis despacio y lo comprenderéis; ya se hará luz en todo esto, repetía Pascual. Pero ante todo, que no tenga lugar esa ejecución. El patíbulo está preparado, y sería un crimen que Rambert subiese á él.

El Ministro tocó un timbre.

—¿Mr. de Brignieres?—preguntó al ordenanza.

Este era el apellido de su secretario.

—Mr. de Brignieres no ha vuelto aún. El señor Vizconde está en el baile de la Embajada de Austria—respondió el ordenanza.

—Entonces escribiré por mí mismo la orden de suspensión.

Se sentó ante la mesa, y á la luz de una bujía que hacía relucir su calva frente, escribió con rapidez dos oficios, los encerró en sus respectivos sobres y puso en el ángulo de cada uno estas máyúsculas: P. O.

El ordenanza esperaba.

—Que lleven inmediatamente este oficio al Procurador imperial, y este otro al Procurador general.

El Ministro se dirigió de nuevo á Arthet y le dijo:

—Me quedo con estos papeles. Mr. Daniel Mortal será citado esta misma mañana para que dé sus explicaciones. Yo no vuelvo ya á acostarme. Hasta muy pronto, caballero.

Aquellas palabras eran una despedida. Arthet salió, y al atravesar el patio vió á un guardia de París que montaba á caballo, llevando los pliegos en la mano, y que partía á la carrera.

Arthet observaba el casco del soldado perdiéndose en la noche. Sonó una media en un reloj.

—¡Las cuatro y media!—dijo.—¡Con tal que la orden de suspender la ejecución llegue á tiempo!

Era, sobre poco más ó menos, la hora en que Daniel Mortal, enervado y falto de fuerzas, se disponía á abandonar los alrededores de aquella prisión y la proximidad de aquel cadalso, que había ido á desafiar con audacia suprema, con altanera afectación.

Aunque reclinado en su cama, no dormía. Repasaba una por una las emociones que acababa

de experimentar. Conservaba en los oídos el ruido de la muchedumbre, parecido al del oleaje del mar.

Se aproximaba la hora; poco faltaba ya para que muriese Rambert. ¡Con tal que aquel hombre no hubiera revelado su secreto ni al confesor ni á ninguna otra persona!

Clara había sido la causa de aquella formidable resolución que había osado tomar. Sin las sospechas de Madame Mortal, hubiera dejado al acusado componérselas como pudiera con los jueces, y nada tenía que temer.

—¡Ah! ¡ah! no tengo por qué arrepentirme de lo hecho—decía en alta voz.—Si Clara hubiese hablado, estaba perdido de seguro.

Y pensaba en que desde hacía cuatro días estaba tratando, haciendo verdaderos esfuerzos por conquistar, por seducir á Clara, y en que ella se obstinaba en permanecer sola, encerrada y pensativa.

—En verdad, querida mía, que haces de tu habitación una verdadera celda.

—Casi, casi—respondía Clara.

—¡Pues bien! En ese caso, entrégate por completo á la religión, y así por lo menos estarás ocupada. ¿Quieres que te presente al célebre

Dolignac? Se cuentan maravillas de sus predicaciones.

—No—respondía ella.—Quiero estar sola. Me gusta esta soledad y este silencio. Esta tranquilidad me consuela.

—Á los corazones heridos, la tranquilidad y el silencio—murmuraba entonces Daniel Mortal.—Es una bonita máxima, en efecto.

La víspera le había dicho Clara:

—¡Mi corazón no está herido: está muerto!

Daniel había tenido en los labios una impertinencia, pero se había contenido.

—¡Bah!—se dijo.—Sería un estúpido en empeñarme en este amor imposible.

Y se entretuvo en pensar vagamente en una cantante húngara que hacía por entonces mucho ruido, y cuyas jacas, guiadas por cocheros vestidos á la moda danubiana, llamaban la atención en el Bosque de Bolonia.

De pronto se estremeció á pesar suyo, interrumpido en sus reflexiones por el timbre del reloj, que acababa de dar las seis.

Pensó en que en aquel instante se abría la puerta de La Roquette y aparecía Noel con el pelo cortado, el cuello desnudo y muy pálido. Le hacían subir los escalones que él había subido por gusto. En la

muchedumbre se producía un silencio frío como la nieve. Arrojabán á Noel en la báscula y colocaban su cuello sobre tajo..... Luego se oía un ruido sordo.....

Todo había acabado.

Entonces Mortal, en pie, y sintiendo su pecho descargado de un terrible peso, pensaba con raro sentimiento de admiración y desprecio á la vez, en aquel padre cuya cabeza iba á caer ó había caído en la cesta llena de serrín, en aquel padre acometido de la más conmovedora y más admirable de las locuras humanas, de la locura del cariño gigantesco de la paternidad, de la locura del ser que se desgarran las venas y se sangra del corazón para alimentar á sus hijos.

—¡Vamos!—se dijo.—He comprado la carta de Laverdac. Me cuesta doscientos mil francos, pero estoy salvado. Tengo algo pesada la cabeza; tomaré un baño ruso y me aliviará.

Pasó á su tocador, sumergió la cabeza en agua fresca perfumada con benjuí, y se sintió mejor, enteramente bien.

Clara dormía en sus habitaciones, situadas en una de las alas del hotel y bastante lejanas de las de Mortal.

—Pronto la haré saber que ya ha sido ejecutado el asesino de Paul Laverdac, se decía Daniel.

Una impresión de alivio y de bienestar empezaba á suceder á su febril angustia de poco antes. Ya podría vivir tranquilo. ¿Quién había de inquietarle? Nadie. ¿Qué obstáculo había de presentarse en su camino? Ninguno. Decididamente había hecho bien en jugar el todo por el todo. Todos los medios eran buenos si se conseguía el objeto. El ruido de un coche que pasaba por la Chaussée-d'Antin arrullaba su alegría.

Por el contrario, el sonido de un timbre en el interior del silencioso hotel le hizo estremecerse.

¿Quién podía ir á su casa á tales horas, á las seis y cuarto de la mañana?

—¡Bah!—se dijo.—Será algún camarada del Casino, al que el bacarrat habrá dejado limpio de moneda, y que acudirá á mí en busca de dinero para pagar alguna deuda de juego.—Su amigo Caverat había ido algunas veces á sorprenderle así al levantarse de la cama.

Sin embargo, se sentía inquieto, turbado. Habían abierto una puerta en las habitaciones interiores..... alguien atravesaba el salón..... Le parecía oír pasos de muchas personas..... Sí, andaban sobre la alfombra. ¿Quién sería?

Entre el salón y su cuarto no había más que una salita destinada á biblioteca. Oyó abrir la

puerta de ella. Una voz desconocida y algo dura preguntó: *¿Es aquella* su habitación? Y otra voz, la de Juan, su ayuda de cámara, contestó con timidez: *Sí, señor*. Le pareció que la voz de Juan era temblorosa.

Examinó la cadena de seguridad que impedía abrir la puerta de su cuarto. Estaba bien colocada. No entrarían así como así en su habitación. Sus movimientos estaban libres; era dueño de su destino.

—¡Si habrá hablado Rambert!—se dijo Mortal.

Y á la pálida luz de la mañana se vió en un espejo al atravesar el cuarto. Estaba lívido.

—¡Pues bien, si hubiese hablado, acabaría todo de una vez!—continuó.

Tomó de una mesita colocada cerca de su lecho un pequeño revólver con puño de marfil guarnecido de plata; el mismo que había llevado á Beaujon el 1.º de Enero, y con el que había disparado sobre Noel.

Pero si Rambert había sido ejecutado, ¿á qué venían? ¿quiénes eran aquellas gentes?

Dos golpes más, dados á la puerta de su mismo cuarto, le produjeron un escalafrió.

—¿Quién es?—preguntó.

Una voz, la misma voz ruda de antes, contestó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

¡En nombre de la ley! ¡Luego iban á prenderle!
¡Rambert había hablado sin duda!.... ¡Partida
perdida!

—¡Diablo!—dijo sencillamente Mortal en
alta voz.

Y recobró de pronto su sangre fría, volviendo
á ser lo intrépido que siempre había sido ante el
peligro.

—¡Abrid!—repitió la voz.

Mortal se deslizó hasta la puerta sin hacer
ruido y abrió.

Los de fuera pretendieron entrar, pero la cade-
na de seguridad resistió su empuje.

Entonces, por la entreabierta puerta, y como
cortados por una arista, vió Mortal á varios hom-
bres de rasgos enérgicos, á cuya cabeza estaba un
comisario con su faja tricolor rodeada á la cin-
tura.

—¡En nombre de la ley!—repitió el comisario.

—¿Es á mí á quien buscáis, ó á alguno de mis
criados?—preguntó Mortal.

El comisario empujó de nuevo la puerta y se
limitó á responder:

—¡Abrid!

—¡Entonces es á mí!—dijo Mortal.

Hizo jugar el gatillo de su revólver, retrocedió
dos pasos para que no pudieran verle, introdujo
en su boca parte del cañón del arma, y pensó de
nuevo:

—¡Rambert ha hablado!

Y con mucha suavidad apoyó el dedo en el ga-
tillo.

Partió el tiro y Mortal cayó redondo como una
masa.

Los polizontes percibieron por la abertura de la
puerta un cuerpo tendido entre el humo con la
cara destrozada, y aquí y allá sobre los muebles
despojos sangrientos de masa cerebral.

Clara dormía aún.

Cuando despertó, tuvo el presentimiento de una
desgracia.

Pasaba algo trágico en el hotel. Subía del pa-
tío, lleno de gente, un murmullo extraño.

—¿Qué ocurre?—preguntó Clara.

La doncella, densamente pálida, dudaba.

—Señora..... Mr. Mortal.....

—¿Y bien?

—¡Ha ocurrido una horrible desgracia!.....

El más espantoso de los pensamientos atravesó
el cerebro de Clara.

Creyó que Mortal había sido preso.

—Mr. Mortal se ha matado—dijo bruscamente la doncella, como si la ahogase el secreto.

Clara se arrodilló lentamente.

Sus labios se movían, pero no se oían sus palabras.

La doncella la contemplaba inmóvil.

—La pobre señora reza—se decía.

Clara se levantó al cabo de un momento, extremadamente pálida.

—¡Un traje de luto!—dijo.

Y se encerró en su cuarto durante todo el día.

VII.

El despertar.

Noel Rambert se despertaba de nuevo como de un sueño espantoso. Había sacrificado su vida, vendido su carne, y aun se hallaba vivo. El patíbulo estaba dispuesto á cien pasos de allí; la hora de la ejecución había sonado, y la cabeza del reo se sostenía aún sobre sus hombros.

El jefe de seguridad de servicio, el comisario de policía y el escribano habían recibido una orden de suspensión, firmada por el Ministro, y el reo

había sido encerrado de nuevo en aquella celda á que no vuelven los que salen de ella.

—No he visto otro caso semejante—decía el escribano.

Noel, sorprendido, cansado y falto de fuerzas, cayó en su cama como una masa y se quedó dormido con el comatoso sueño de un enfermo.

Los carceleros se preguntaban unos á otros: ¿qué habrá en esto?

Unos decían que se acababa de descubrir que Rambert tenía cómplices y se suspendía la ejecución para que los nombrase; otros que no, que el pobre era inocente, que se acababa de saber quién había dado el golpe y que aquella misma mañana sería detenido. ¡El escándalo iba á ser espantoso!

¿Y Rambert?

Se revisará su proceso. Pero aunque salga libre, no tendrá el desgraciado mucho tiempo de frotarse las manos de alegría. ¡Miradle qué demacrado! ¡Cualquiera diría que estaba muerto! — se decían.

En efecto, la justicia se encontraba en presencia de los artículos 443, 444 y 445 del Código de instrucción criminal, que conceden al Ministro el derecho de ordenar la revisión de los procesos criminales. La sentencia iba, pues, á ser revisada, y